LAS RELACIONES ENTRE LAICOS Y PRESBITEROS: CONFLICTOS DE PODER Y COLABORACIONES FRUCTUOSAS*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i185.585>

*Autor: Jean-Paul Rousseil. Vicario
Episcopal de la diócesis de Poi-
tiers.*

Está convencido de que las relaciones, respetuosas y acogedoras, entre los laicos y los presbíteros sólo traen consecuencias positivas para la evangelización. Sólo se necesita que cada cual asuma su rol y se abra a la colaboración con el otro, consciente de su propia y peculiar responsabilidad.

ESTUDIOS

Venimos de una época en la que las tareas estaban claramente repartidas. Las diferencias sociales, los niveles de educación, los medios de vida y de relación eran también fácilmente identificables. Cada cual sabía el comportamiento que debía tener y las actitudes que tenía que mostrar en su vivir cotidiano. Desde hace diez años, el desarrollo de conocimientos, los progresos científicos y técnicos, las evoluciones culturales, en particular las relaciones hombres / mujeres, han transformado profundamente la vida social. El principio de autoridad es cuestionado y los modos de ejercer el poder, modificados. Situada en su tiempo, la Iglesia –tras el concilio Vaticano II– ha desarrollado una enseñanza que ha renovado en profundidad la visión de la Iglesia y de su misión. En lo que se refiere a nuestro objeto, por ejemplo, es la primera vez que un concilio ha produ-

* Artículo publicado en *Prêtres Diocésains*, 1419 (05) 23-30.

cido dos textos sobre los laicos en cuanto tales. En cuanto a los sacerdotes, el ser colaboradores de los obispos, es el fundamento apostólico de su ministerio el cual se revaloriza, mientras que se restablece el diaconado como grado propio y permanente del sacramento del orden. Más tarde, el código de derecho canónico ha dado un estatuto a otras instancias de colaboración. De esto tratan en particular consejos y sínodos.

Que pueda haber conflictos no es nuevo en la historia de la Iglesia. La primera generación cristiana conoce ya desacuerdos (Act 15, 39; Gal 2, 11; Fil 4,2). Si es ilusorio buscar una período histórico ideal, es legítimo desearlo posible, trabajando arduamente en ello, a título incluso de testimonio de fe. Asumir nuestro hoy, es en primer lugar escuchar la llamada a vivir a la altura del evangelio... En algunos casos los conflictos tienen su origen en la manera de comprender y articular las responsabilidades confiadas a los laicos y al ministerio ordenado. Sin desdeñar la singularidad de cada situación, ¿podemos poner algunos jalones para superar este tipo de situaciones, aperebirse de los posibles riesgos y, más aún, vivir fecundas colaboraciones? Yo me ceñiré aquí a tres aspectos.

En toda relación humana, se da ejercicio de poder

Decir que en toda relación humana, se da ejercicio de poder, es levantar acta de realidad. Se trata de asumir con lucidez hasta dónde se pueda hacer. Buscar vivir según el Evangelio no es obviar la realidad de la condición humana. Muy al contrario. A lo largo de muchas páginas, los relatos evangélicos nos aclaran cómo nuestra manera de vivir es como seres humanos, insertos en la época concreta. Las palabras de Cristo relativas al ejercicio del poder ocupan un amplio lugar, por otra parte en diversas ocasiones, sus interlocutores se preguntan sobre el origen de su autoridad. Si es verdad que poder y autoridad están ligados, de ninguna manera deben confundirse.

En el ámbito de las prácticas pastorales cotidianas, se trata ante todo de identificar el problema cuando surge. ¿Es un conflicto entre personas? ¿Es una diferencia que se refiere a una opción pastoral? ¿Es una incompreensión sobre un proyecto o un tiempo litúrgico a preparar? ¿es una falsa información o un rumor? ¿Es un conflicto que compromete un poder de decisión?... Buscar circunscribir lo que está en juego constituye la primera etapa. Cualesquiera que sean las razones, cada uno está comprometido

—más allá de su posición institucional— en su afectividad. Es necesario entonces distanciarse de la propia percepción de la situación y/o su propio resentimiento. Cada uno debe preguntarse: ¿están definidas claramente las tareas? ¿Cuál es mi responsabilidad y cómo se articula ésta con la responsabilidad de los otros? ¿Qué es lo que ha tocado en mí (imagen de uno mismo, figura de autoridad —masculina o femenina— representada)? Esta etapa es importante: invita a esclarecer la verdad sobre sí. En este estadio, el acompañamiento personal puede ayudar a clarificar su propia posición y a descubrir que «los otros» pueden tener también algo importante y justo que decir y merecen hacerse oír. Esta clase de situación muestra la necesidad de tiempo, de palabras en las instancias pastorales, para que cada uno pueda expresarse en un clima de escucha y de respeto mutuo. Una relectura de prácticas permite descubrir los caminos de colaboración. Esto no nace por sí mismo, son necesarios aprendizajes. Estos tiempos de cambio y reflexión, de convivencia y de plegaria, hacen que se amplíe la confianza mutua y la significación profunda del compromiso vivido. Así, equipos de animación pastoral dedican uno o muchos tiempos específicos en el año, en un lugar distinto a aquel en el que se ejercita su misión (ya sea monasterio, lugar de acogida...) o también proponen un tiempo fuerte en formas muy diferentes a todos los que viven un servicio concreto o regular. Los participantes descubren entonces la importancia del recurso y de la formación para asumir la misión confiada.

Cuando hay conflicto, ¿cómo resolverlo? Si es verdad que cada uno tiene que llevar a cabo un trabajo determinado, conviene también suscitar un tiempo para la expresión que lleve a que se escuchen las diferentes voces, lo no-dicho puede hacer estéril las tareas de cada uno. La falta de comunicación conduce frecuentemente a incomprensiones. Es importante la persona que se encarga de animar, de situar el objeto de la reunión y de regular las tomas de palabra para que se pueda llegar a la resolución del problema. Cuando cada uno saca de este intercambio provecho para su tarea, es señal de que la solución es viable y realista. A veces, la solución es del orden del compromiso. En otro caso, la solución no es inmediata, por tanto nadie debe pagar un precio personal demasiado alto. En algunos casos, un tercer punto de vista puede revelarse como valioso, en la medida en la que las partes concernientes se ponen de acuerdo para avanzar hacia una solución. Pero no siempre se puede negociar. A veces se necesita una decisión. La responsabilidad recae entonces sobre la autoridad

competente. Hay momentos en los que algunas personas se complacen en repetir constantes quejas o acusaciones. Este es un clima malsano que pide una decisión. En casos determinados, puede ser necesario igualmente objetivar la situación y argumentar las decisiones que se toman a la luz de la fe o de la enseñanza de la Iglesia, también en función de orientaciones pastorales de la diócesis.

Las pistas que acabamos de sugerir asumen el hecho de que «los pastores y los otros fieles se encuentran unidos los unos a los otros por una comunidad de relaciones»¹. Para calificar estas relaciones mutuas, los Padres conciliares utilizan el vocabulario de la fraternidad². Se deduce de ello el deber de expresarse, escuchar y tomar consejo de cara al «bien de la Iglesia»³. El dialogo es visto «como signo de la fraternidad»⁴. Contribuye a «buscar la verdad»⁵ y se acaba en la «comunidad de personas»⁶. Así, en su vida fraterna e institucional, la Iglesia quiere dar testimonio del Dios que se comunica. Porque el Dios-Trinidad es intercambio y comunión, la confesión de fe cristiana tiene implicaciones éticas. Más aún, los responsables son llamados a convertirse en «modelos» para todos (1 P 5, 3).

Las colaboraciones se sitúan en el horizonte de la misión

Las colaboraciones no constituyen un en sí. Estas se inscriben en una dinámica. Tienen un sentido. Se organizan siguiendo una llamada recibida. Esta llamada pide una respuesta personal. Un envío en origen. En efecto, no hay llamada sin envío. Este esquema –llamada/respuesta/envío– es clásico en la Escritura. Basta con leer los relatos de vocación en el Antiguo Testamento. Es el mismo para los Doce: la misión recibida del Resucitado califica el testimonio apostólico. Es lo mismo que atestigua la liturgia de ordenación. Los que han sido presentados son llamados por el obispo. Su respuesta se da ante toda la asamblea. Al final de la celebración de

¹ Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n° 32.

² *Lumen gentium* n° 32 y n° 37: *Presbiterorum ordinis*, 9 y el Decreto sobre el Apostolado de los laicos, 25.

³ *Lumen gentium*, 37.

⁴ *Gaudium et spes*, n° 92.

⁵ *Dignitatis humanae*, 3.

⁶ *Gaudium et spes*, 23.

la ordenación tiene lugar el envío a la misión. Así el ministerio ordenado no procede de la Iglesia, ni la precede. Es dado con ella. Por el ministerio ordenado⁷, se reconoce toda ella llamada y enviada por Cristo, cabeza del cuerpo eclesial.

Es la comparación del cuerpo humano que desarrolla san Pablo para honrar la diversidad de los miembros y funciones en el cuerpo eclesial (Rom 12, 4-5; 1Cor 12, 12-13). Este reconocimiento de los dones del Espíritu que animan los miembros es vital: se trata de «poner a los santos en estado de desempeñar el ministerio para edificar el cuerpo de Cristo» (Ef 4, 12). Es así como el cuerpo es llamado a vivir y a crecer, «gracias a todo el cuerpo bien trabado y unido por medio de todos los ligamentos que nutren según la actividad propia de cada miembro» (Ef 4, 16). Pablo mismo saluda y nombra a los hombres y mujeres que colaboran con él en la proclamación del Evangelio (Rom 16, 1-16; Fil 4, 2-3). Estas colaboraciones –vividas sin confusión, ni división– son signos de la diversidad de dones del espíritu que edifican la Iglesia (1Cor 14, 12). Testifican el hoy de Dios. Según el relato de Pentecostés, cada uno oía a los Apóstoles hablar en su propia lengua (Act 2, 6). Esta diversidad de lengua testimonia que el Evangelio se ha de proponer como una palabra de vida y salvación en todo lugar y en toda situación humana. La conciencia viva de las actitudes de la misión y los desafíos a los que nos enfrentamos nos impulsan a ir más allá.

Así, las llamadas a la misión y la valoración de los dones que anima a los miembros del cuerpo eclesial, estimulan las colaboraciones llevadas a cabo hasta hoy bajo la forma del servicio mutuo (1Pe 4, 10). Dejando lugar a las iniciativas y a los imprevistos, las colaboraciones necesitan ser organizadas. En un cierto número de casos, una carta de misión y/o un envío litúrgico indican el objeto de la misión, la duración del mandato y el referente pastoral de tal suerte que la instancia decisional esté claramente identificada. Vuelve también al equipo enviado a proporcionarse un método de trabajo (proyecto pastoral, tarea asumida por cada uno, ritmo de encuentros, evaluación...). Los procesos institucionales puestos en

⁷ El ministerio de los sacerdotes es fundamentalmente relacional. Ver el capítulo II de *Presbiterorum ordinis*: «relación de los sacerdotes con los demás». Este capítulo desarrolla sucesivamente relaciones entre los obispos y los presbíteros, las relaciones entre presbíteros y las relaciones con los laicos.

marcha quieren testimoniar la primacía de la gracia y de las razones de envío en misión. En una sociedad pluralista, incluso explosiva, la Iglesia canta la Alianza nupcial suscitando colaboraciones nuevas en los diferentes campos de misión. Por tanto, estos procesos institucionales no preservan de tentaciones de todopoderoso. En este sentido, hay que subrayar que el ministerio de Jesús –según el evangelio de Lucas– comienza por tres tentaciones (Lc 4, 1-13) y se acaba a la hora de la Cruz en tres tentaciones (Lc 23, 33-43). Estos relatos aclaran nuestra ruta filial. Indican que nadie hace la economía, en su propia existencia, del combate a entablar (llevar).

En el fundamento sacramental de la alegría de creer y de anunciar el Evangelio

Porque la Iglesia es por naturaleza misionera se desarrolla hoy un conjunto de colaboraciones, en la diversidad de tareas, responsabilidades y ministerios. De esta manera se manifiesta la vitalidad de la fe en la que se arraiga la unidad del Pueblo de Dios: «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4, 5). Por esta razón, «entre todos los fieles, del hecho de su regeneración en Cristo, existe, en cuanto a dignidad y actividad, una verdadera igualdad en virtud de la cual todos cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo, según la condición y la función propia de cada uno»⁸. Así, es la participación en los sacramentos de iniciación cristiana la que cualifica a los miembros del Pueblo de Dios. pero al mismo tiempo, afirmamos que «para asegurar pastores al Pueblo de Dios y medios para su crecimiento, Cristo, el Señor, ha instituido en su Iglesia ministerios varios que se dirigen al bien de todo el Cuerpo»⁹. El sacramento del orden lleva a la alteridad radical de Dios, por Cristo y en el Espíritu Santo. Los ministros ordenados manifiestan así el origen apostólico de la Iglesia. Desde ese momento, la misión asumida no está en primer lugar ligada a la amplitud de la actividad, sino, ante todo, a su fundamento sacramental. En consecuencia, los sacramentos de iniciación cristiana y el sacramento del orden no se deben considerar como alternativos o yuxtapuestos, sino unidos. Para decirlo con palabras del Vaticano II, el sacerdocio común de los

⁸ Canon 208 del CIC de 1983.

⁹ *Lumen gentium*, 18.

fieles y el ministerio ordenado, diferentes en razón del mismo fundamento sacramental, «están no obstante ordenados el uno al otro: el uno y el otro, en efecto, cada uno, según su propia modalidad, participan del único sacerdocio de Cristo»¹⁰ de esta manera Cristo está en el «cimiento» (1 Cor 3, 11) y en quien «todo el edificio bien trabado va creciendo» (Ef 2, 21).

Desde ese momento, una comprensión mundana de la Iglesia es claramente insuficiente. Porque hay menos presbíteros, será necesario que los laicos asuman responsabilidades y «reemplacen» a los presbíteros. Esta mirada miope pide ser esclarecida mediante una verdadera catequesis sobre la Iglesia. Esta no puede reducirse a una interpretación cuantitativa. El primer objetivo del ministerio ordenado no es hacer número, sino ser signo. Aquí está la sacramentalidad de la Iglesia. Una comprensión mundana y cuantitativa de la Iglesia falsea la inteligencia del ministerio ordenado y he aquí su significación. Además, definir este ministerio solamente a partir de las tareas a llevar a cabo conduce a repartir de otra manera las tareas, pero nada diría del ministerio apostólico, ni sobre la manera de vivir. «En una palabra, los sacerdotes existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para edificación de la Iglesia en el nombre de Cristo Cabeza y Pastor, in persona Christi»¹¹. En un tiempo de profundos cambios, el envejecimiento y la disminución del número de sacerdotes hacen más difícil (y, por lo tanto, más vital) la legibilidad del ministerio ordenado para la vida y la misión de las comunidades cristianas. Es a partir de un fundamento sacramental y según los dones del Espíritu que animan los miembros del cuerpo eclesial –en la diversidad de las posibles vocaciones– que sacerdotes y laicos pueden reconocer y comprometer modos de colaboración portadores del futuro.

«Para que deis frutos»

Lo que he tratado en esquema aquí nos muestra y nos hace vivir la Iglesia como comunión. En efecto, después que los discípulos de Cristo viven según la confesión de fe trinitaria, su manera de vivir tiene implicaciones éticas en la asunción de las dificultades y conflictos posibles. Mientras que la misión de la Iglesia constituye el horizonte de las colaboraciones lleva-

¹⁰ Lumen gentium, 10.

¹¹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica Pastores dabo vobis n° 15.

das a cabo por procedimientos de llamada y de envío claramente enunciadas y significativas sobre un fundamento sacramental. Entonces se desvela, en las prácticas cotidianas, la confianza que nos avala: «No me habéis elegido vosotros a mí; fui yo quien os elegí. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).